

ÓSCAR SOTO COLÁS

ROJO VENECIANO



ESPASA

ÓSCAR SOTO COLÁS
ROJO VENECIANO



© Óscar Soto Colás, 2023
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2628-2023
ISBN: 978-84-670-6724-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Impreso en España/*Printed in Spain*

www.espasa.com
www.planetadelibros.com



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1620

I

Juana de Castro depositó el bastidor con el bordado en el suelo y se puso en pie a la par que se mordía los labios, intentando con aquel gesto amortiguar cualquier sonido que pudiese producir. El aya Teresa dormitaba plácidamente recostada en la silla, tenía los brazos cruzados sobre su abundante pecho que ahora subía y bajaba rítmicamente al compás de sus ronquidos, y un hilillo de baba resbalaba por su barbilla. Además de instruir a la joven en materias puramente femeninas, la anciana se encargaba de llevar la casa. Había cumplido los sesenta esa misma primavera y empezaba a quedar claro que aquella labor le venía grande debido a su edad. Además, de un tiempo a esa parte, la anciana tenía tendencia a quedarse dormida a la menor ocasión. Eran esos momentos los que Juana aprovechaba para abandonar las labores que tan poco le agradaban y que la sirvienta se empecinaba en hacerle aprender.

Odiaba especialmente el bordado, que veía como un pésimo sustituto de la pintura, por lo que dejar tan fastidiosa tarea le parecía el mejor de los regalos. Con paso cuidadoso cruzó la estancia. Al otro lado de las contraventanas cerradas para aliviar el bochorno, cantaban las cigarras y un sol de justicia apretaba como queriendo aplastarlo todo.

Cerró la puerta tras de sí y con caminar igual de cauto se dirigió hacia las escaleras. Se apoyó en la barandilla en total silencio, tratando de atisbar cualquier sonido que supusiese un peligro. En la casa no se escuchaba el vuelo de una mosca. Todo parecía estar bajo el influjo somnoliento que se apoderaba de las tardes del estío vallisoletano. Antes de descender las

escaleras apretó con fuerza el llavín que llevaba oculto bajo la ropa.

Entró en la cocina y cogió un pedazo de embutido de la alacena, que escondió entre sus ropas. Volvió sobre sus pasos con el mismo cuidado.

La casa estaba ubicada a una escasa legua de Valladolid. En un asentamiento lo bastante cerca de la ciudad para ser considerado un arrabal de esta y lo suficientemente lejos para ser casi aldea. En la planta baja se hallaba, además de la cocina, el taller de su padre, que ocupaba la mitad del espacio. Tras bajar media docena de escalones se accedía a un pequeño sótano donde se ubicaban un almacén y las habitaciones del servicio. Este lo formaban Rosita, quien a pesar del diminutivo pasaba de los cuarenta; Mauro, de apenas veinte primaveras, quien ejercía de chico para todo, y el aya Teresa, cuya cámara se ubicaba en el piso superior, junto a la familia. Pese a que habrían podido permitirse de sobra más personal, se apañaban con los tres. La vida de Martín de Castro y Juana era tan espartana y sencilla que no necesitaban de más ayuda. Pegada a las del servicio había una habitación utilizada por el aprendiz de su padre.

Llegó a la puerta que daba acceso al patio trasero de la casa y descorrió el cerrojo, que emitió un quejido herrumbroso. Sin soltar el tirador y durante una décima de segundo, Juana rezó para que el aya no lo hubiese oído. Cuando juzgó que no había peligro empujó la pesada hoja de madera y salió.

En el patio, el bochorno calentaba de lo lindo. Parecía increíble como una ciudad que en invierno sufría heladas tan numerosas e intensas podía convertirse en un horno en las tardes de verano.

Juana cruzó el patio a la carrera y llegó hasta el pequeño huerto de la familia. Allí se cultivaban varias verduras y legumbres, además de, como novedad, media docena de tomateras, que a esas horas resistían el embate del sol. Desde que la exótica planta hubiera llegado a Europa desde las Américas, casi un siglo atrás, había pasado de tener un uso ornamental cuyos frutos se creían tóxicos, a ser consumidos con fruición. Mauro, el

criado de la casa, se daba buena maña con la tierra y durante todo el año la familia disponía de verduras y hortalizas para llevar a la mesa.

Apoyada en un extremo de la tapia que delimitaba la propiedad al sur se alzaba una sencilla caseta. Servía para guardar los aperos que se usaban en el huerto, y también, Juana lo sabía de buena tinta, para que el bueno de Mauro hiciese en ella la siesta los días de poca labor. Pero esa vez no se toparía con él. Las tardes de verano el calor se acumulaba en la caseta, y el criado prefería dormir en su catre del sótano.

La chica escuchó los maullidos antes de abrir la puerta. Miró con cautela a ambos lados antes de empujarla. Hacía una semana había descubierto que una gata atigrada había elegido un rincón del humilde chamizo para dar a luz a una camada de cinco preciosos gatitos.

Juana se sentó en el suelo y destapó la tela de arpillera con la que había cubierto el nido. Un coro de maullidos le dio la bienvenida.

Tras comprobar que las visitas de Juana no suponían un peligro para su progenie, la gata se había acostumbrado con rapidez a ella. Sabía que su presencia le proporcionaba un valioso alimento sin necesidad de ir a cazar. La miró con esa mezcla de indiferencia y curiosidad tan típicamente felina.

—Hola, chica. ¿Cómo estás hoy? —saludó Juana al tiempo que partía el embutido con sus manos y lo dejaba caer junto a la madre. Entendía que para dar de mamar a las crías la gata tenía que estar fuerte y bien alimentada, y siempre que podía le traía un pedazo de embutido o algo de carne.

La gata dio buena cuenta de la comida. Antes hubo de apartar de encima a los gatitos, que observaban con curiosidad a la recién llegada. Hacía poco que sus ojos se abrían al mundo y lo exploraban todo con curiosidad. Juana dejó que la madre comiera con tranquilidad y acarició a los inquietos animales.

Cuatro de ellos, tres machos y una hembra, tenían el mismo pelaje que su madre. La última de la camada era una hembra flacucha de color blanco con una curiosa mancha triangular en

la cara que le daba un aspecto despistado. Por ella sentía Juana un afecto especial, y parecía que el animal le correspondía de igual modo.

Los gatitos, indistintamente de su sexo, habían sido bautizados como Lisipo, Policleto, Praxíteles, Mirón y Fidias. En honor de los famosos escultores clásicos. A excepción de la gata de la mancha en el morro, Fidias, Juana tenía que reconocer que le costaba discernir cuál era cuál.

Una voz en el exterior hizo que se pusiera en pie como activada por un resorte.

—Estad callados. Volveré mañana —dijo antes de colocar de nuevo la tela sobre el cajón y salir de la caseta.

Cerró la puerta tras de sí y tan absorta estaba en realizar aquella acción con disimulo que a punto estuvo de chocar con Pedro.

Pedro Tirón era el único hijo de maese Emilio, el boticario que vivía en la casa de al lado. Según oyera una vez, la madre del chico había quedado incapacitada para tener más descendencia debido a unas fiebres. Pedro era un año mayor que ella y, aunque siempre había tenido un carácter taciturno que hacía desconfiar a Juana, la falta de chicos de su edad en la vecindad los había impelido a compartir juegos infantiles desde críos.

—¿Otra vez con esos gatos? —inquirió malhumorado Pedro—. Ya te dije que lo mejor era que los mataras. Si sobreviven, solo incordiarán en la casa. Si quieres, yo puedo ocuparme de ellos. No sufrirán, si así lo prefieres.

—¡No seas animal! —respondió Juana maldiciendo el día que le habló de los gatitos.

Juana no disimuló un gesto de fastidio. Toparse con Pedro iba a retrasarla de su verdadero cometido. El chico no fue consciente de aquel hecho. Sus pupilas estaban fijas en el escote de la chica. Juana cruzó los brazos sobre el pecho al ser consciente del interés que despertaba. Mucho se temía que el muchacho sentía por ella un afecto que ella no correspondía y, con los años, había desarrollado la mala costumbre de manosearla, como ahora intentaba.

—Deja que te ayude. El terreno aquí es irregular y una mujer podría caerse —dijo a la par que estiraba sus brazos para posarlos en las caderas de la chica.

Esta tuvo la intención de apartarlo de un manotazo, pero rectificó en el último segundo. Quería alejar al chico de los gatitos. Así que dejó que le ayudara a salir del huerto.

Las caricias de Pedro se intensificaron y sus manos amenazaban con ir más allá de las caderas, así que Juana lo apartó de un fuerte empujón.

—¡Para! Alguien podría vernos.

Su mirada se clavó en el segundo piso de la casa, donde había dejado al aya Teresa plácidamente dormida.

—¡Mejor! —saltó el chico con soberbia—. Así tu padre y los míos sabrían de lo nuestro y nos dejarían casarnos.

—¿De lo nuestro? No hay nada que se pueda llamar así, Pedro. Para mí tú solo podrías ser un amigo. Y siempre será así. Te lo he dicho mil veces.

—El amor crece con el roce. Eso es lo que mi padre siempre dice.

Juana calló. Le dolía horrores rechazarlo una vez tras otra, pero no podía permitirse que creyera lo que no era. A pesar de su cautela, el chico no parecía dispuesto a ceder.

—No puedes negar que hemos estado juntos desde chicos. Y nos hemos besado —insistió Pedro.

Juana bufó para restar importancia a aquel hecho.

—Teníamos diez años cuando eso pasó.

Pedro ignoró el comentario. Detuvo su paso, tomó las manos de la chica y la miró con fijeza.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que te amo, Juana?

La joven rumió aquella declaración. ¿Amar? Aquel era un verbo demasiado serio para soltarlo a la ligera. Ella quería conocer mundo, ser una artista famosa, visitar Italia..., incluso las Américas. Además, aunque alguna vez se le llegase a pasar por la cabeza sucumbir a las atenciones de Pedro, se adivinaba en él una rabia que le producía repulsa.

Decidió no añadir nada más.

Reemprendieron la marcha y se encaminaron hacia la reconfortante sombra de la higuera que crecía en el otro extremo del huerto.

El olor dulzón de los higos caídos que se secaban al sol lo impregnaba todo. Juana se alzó sobre las puntas de sus zapatos para coger un fruto de una rama baja. Este quedaba a un escaso palmo de la yema de sus dedos.

—Yo te lo cojo —se ofreció solícito Pedro viendo la oportunidad de lucirse ante ella.

Dio un pequeño salto que se quedó corto por casi un codo.

Juana era ligeramente más alta que el chico. De hecho, era un poco más alta que casi todos los muchachos de su edad. Decidió callarse y dejar que realizara un segundo intento. Esta vez Pedro tomó más impulso y sus dedos rozaron el fruto. El tercer salto logró agitar la rama, pero no consiguió que el higo cayera.

La chica no aguardó un cuarto intento. Flexionó las rodillas y se dio impulso. Al aterrizar mostró el preciado fruto en su mano derecha. Una mueca de frustración se dibujó en el rostro de Pedro.

—Habría llegado yo. No sé por qué siempre tienes que dárte las de lista —se quejó.

Mohíno, se giró y se sentó visiblemente malhumorado, con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

—¿Por qué te enfadas ahora, botarate? —dijo Juana dando un tiento al higo. No obtuvo más respuesta que un gruñido. Recordó una frase que su aya solía recitar a menudo: «El orgullo de un hombre es tan frágil como un huevo de gallina».

Aunque no entendía del todo el significado de aquellas palabras, comprendió que se podía aplicar a aquella situación. Pero ¿qué podía hacer ella si era más alta que Pedro?

Se encogió de hombros a la par que mordisqueaba la fruta.

—Si quieres te doy un poco. Está muy dulce —ofreció, temerosa de la respuesta de él.

Pedro meneó la cabeza para mostrar su negativa. Juana apuró el fruto con ganas y después arrojó lejos los restos.

—Tengo algo que te gustará —soltó Pedro de modo enigmático.

—¿El qué? —repuso la chica limpiándose los dedos de los restos del fruto adheridos a ellos.

—Si te sientas conmigo aquí te lo muestro.

Juana dudó un instante, pero acabó por sucumbir. Si había algo a lo que no podía resistirse era a saciar su curiosidad.

Se sentó junto al chico.

—Bien —dijo—, ¿qué es?

Pedro sonrió con una expresión de malicia pintado en su rostro. Rebuscó en el zurrón que llevaba colgado del hombro y de él extrajo un libro que mostró con orgullo.

Se trataba de un manual de anatomía que había birlado de la extensa biblioteca de su padre. Contaba con varias láminas con grabados que mostraban la anatomía humana con un enorme grado de detalle. Juana sintió atracción por el libro nada más verlo. La calidad de los grabados era magnífica. Sabía que Leonardo y otros grandes habían presenciado autopsias para comprender mejor el cuerpo humano, eso era lo más cerca que ella iba a estar de eso. A una mujer no se le permitía asistir a ellas, por mucho que fuese por un afán didáctico. De igual modo, no podía pintar un modelo masculino desnudo.

Sin intención alguna más que observar mejor los grabados, se pegó más al chico.

—Lo he traído para ti —aclaró Pedro—. Como te gusta pintar y sé que los libros te enloquecen, he pensado que podría ser-te de utilidad.

El chico demostraba conocerla bien. Aparte de la pintura, la lectura era, de lejos, la otra actividad favorita de Juana. Desde pequeña, tenía acceso a una amplia biblioteca que superaba los treinta ejemplares y que incluía un poco de todo. Desde pensamiento clásico hasta teología. De geografía a historia. Sin mencionar algún que otro relato de aventuras. Entre sus favoritos estaba el de Miguel de Cervantes, su famoso *Don Quijote*, que era uno de los libros más populares de su tiempo. Pese a que era ta-

chado de loco por todo el mundo, a Juana le parecía que su protagonista era, en realidad, un idealista capaz de enfrentarse a todo para alcanzar sus sueños.

Juana tomó maravillada el libro entre sus manos y lo observó con atención. Se lo devolvió a Pedro y acto seguido besó a este en la mejilla. Aunque a veces se comportaba con ella de un modo que no entendía, seguía siendo aquel niño solitario y callado con quien jugaba cuando ambos eran tan solo unos críos.

El chico sonrió de modo bobalicón y abrió el libro apoyándolo sobre su regazo.

Entre páginas y páginas escritas en latín, se toparon con varias láminas que mostraban las diferentes partes, músculos y órganos del cuerpo. Una especialmente le llamó la atención. Mostraba los genitales masculinos y femeninos de dos modelos completamente desnudos. Al instante, un rubor cálido inundó a la joven.

—¿De verdad los chicos sois así? —balbució.

No había malicia alguna en la pregunta. Tan solo una curiosidad que nacía fruto de los cambios que se estaban operando en su cuerpo.

—Más o menos —acertó a responder el muchacho—. ¿Y vosotras?

Un cierto arrebol acudió de nuevo a las mejillas de Juana. Se revolvió inquieta ante la pregunta y su pierna rozó el muslo de Pedro. Juana ni siquiera fue consciente de ello ni del efecto que provocaba.

—¿Quieres que te lo enseñe? —ofreció de sopetón el chico.

—¿Enseñar? ¿El qué?

Pedro señaló con la barbilla la lámina del libro.

Juana se puso en pie de un salto.

—¡Estás loco, Pedro Tirón! —sentenció echando a andar en dirección a la casa.

Pedro se incorporó con agilidad al tiempo que se deshacía en excusas.

—No tienes por qué ponerte así. Basta con que digas que no —soltó visiblemente irritado.

Juana no parecía siquiera escucharlo. A grandes zancadas se encaminó a la casa con los brazos rígidos junto al cuerpo y la cabeza hacia delante.

Una rabia que le brotaba de lo más hondo poseyó a Pedro. De dos pasos se plantó frente a ella.

—Me has besado y ahora te vas y me dejas así... La loca eres tú —dijo con un tono irascible que asustó a Juana.

La voz del chico parecía provenir de un profundo pozo repleto de cólera.

—Ha sido un beso inocente. Fruto del agradecimiento por el libro.

—¡Un beso es un beso!

Juana supo que aquella batalla era inútil. Cuando el chico se comportaba así lo mejor era alejarse.

—Déjame pasar —ordenó lanzándole una mirada desafiante. Finalmente, el muchacho se hizo a un lado.

—Yo te quiero, Juana —dijo a modo de disculpa a la par que le franqueaba el paso.

—Pues no me quieras tanto o quiéreme mejor —rezongó Juana.

Unos gritos desde el otro lado de la tapia dieron por acabado el incidente.

—¿Dónde te has metido, mentecato? —bramó el boticario.

El semblante de Pedro demudó al escuchar las voces de su padre. Colocó el libro de grabados en el zurrón y, tras remeterse la ropa, echó a correr.

—¡Mañana a la misma hora! —dijo a la carrera antes de auparse en la tapia y saltar al otro lado.

Juana no respondió. Meditaba si a partir de entonces debía cambiar los horarios de dar de comer a la gata.

—¡Aquí estás, crío del demonio! ¿Se puede saber qué hacías en casa de maese de Castro? ¡Molestar, como si lo viera! —se escuchó al poco acompañado del característico sonido de una bofetada.

Juana sintió una punzada de lástima por el chico. Sabía que los bofetones y los golpes eran el pan de cada día de Pedro. Tal

vez por ello se comportaba de aquel modo con ella. ¿No imitaban los hijos lo que los padres hacían?

Con tales pensamientos se dirigió a la casa.

Mientras lo hacía se palpó bajo las ropas y sonrió satisfecha al notar el pequeño llavín. Con él aferrado con fuerza entre sus dedos echó a trotar.